

LA HUELLA DEL CONEJO

7. LA PARTIDA

LOS COLONNAUTAS SE HICIERON A LA MAR una turbia madrugada del mes de Nizán o Pharmuti.

Aparejado el navío, zarparon del cabo de Lonxe guiados por el faro del mismo nombre y bajo la protección de Breogán, gran rey de las navegaciones. Aunque casi todos afirmaban ser cristianos, invocaban con frecuencia a sus antiguos dioses. Al fin y al cabo entre la tripulación no eran raros los celtíberos de Woodland. El propio Almirante se preguntó a menudo durante la prolongada travesía:

“¿Qué es la cristiandad?”.

Su interrogante no era, por supuesto, herética, pero se imaginaba la cristiandad como una parcela de tierra con dos vacas, perdida en la inmensidad del océano. Presentía que la tierra era monda y desnuda como una naranja, pero a menudo se dejaba arrastrar por el escepticismo y decía para sus adentros:

“Al frente, el abismo; atrás, el precipicio.”

¿Por qué estos malhadados pensamientos? Sencillamente porque sabía que *Natura abhorret vacuum*.

Cuando la tripulación perdió de vista la pálida luz del faro se hizo el silencio. En la penumbra marina nadie osaba hablar. Sólo se oía el sordo crujido de las jarcias y el estallido de las aguas contra las maderas. Todos temían

la asesina inocencia del mar.

Les daba miedo perder el rumbo y ser arrastrados por las corrientes. Además, les resultaba muy difícil singlar por no haber esquivado la nave como Dios manda. El miedo se volvió terror más allá de Trapobana. Los inauditos navegantes pensaban que avistarían pronto las islas Bienaventuradas o las Felices, pero transcurridos tres días aún no se anunciaba nada en el horizonte.

El terror de estos protonautas resulta inexplicable si se piensa que, pese a todas sus excentricidades, se trataba de hombres extraordinarios. Había unos que eran capaces de dormir de pie sobre la cofa. Otros sabían desplegar el nutrido velamen con un sencillo soplo.

En los momentos de mayor tribulación el Almirante hacía escarnio de los protonautas:

—Cuanto más lejos más fe.

Y si caían en languidez los excrebra:

—De seguir así seréis tan vituperados como si fueseis unos tristes gurguols.

Desafortunadamente para todos ellos, no podían hacer gran cosa cuando la ausencia de vientos tornaba inútil orzar. En cambio, cogían de popa los vientos alisios cada vez que lo graban sacudirse sus fantasmas.

8. LAS NAVES

Después de la partida de la Marifortuna se creyó haberla visto en diferentes puntos de Europa hacia la misma época. Lo único común a esta alucinación compartida era que todos esos puntos se situaban en el extremo Occidente.

Nueve pastores afirman que zarpó de las costas de Irlanda, cerca del cabo Slyne. Un marinero de Castellón de la Plana jura haberla visto no lejos de Huelva. Tres pescadores lusitanos aseguran que pasó a poca distancia del cabo de Roca, en dirección a Cascais. Seis leñadores noruegos la avistaron en las inmediaciones de Stavanger.

En cambio, los vecinos del cabo de Lonxe, en el Finisterrre, aseguran que la nave nunca estuvo ahí.

¿Y si no se trataba de una sola nave? ¿Y si la nave original surca aún las aguas del Danubio o del Ródano?

Sólo el o los Almirantes podrían disipar las dudas mantenidas por esta profusión de tan encontradas afirmaciones. Pero indudablemente él o ellos están muertos y es casi seguro que las dudas perdurarán hasta el fin de los siglos.

9. LA TRAVESÍA

Pese a los miedos y a las bromas, para algunos de los protonautas el viaje llegó a ser tan agradable como un paseo por el bosque en busca de setas. Pero el periplo, como es de imaginarse, fue una sucesión ininterrumpida de avatares significativos y asombrosos.

A la altura de las islas Hespérides, que no vieron, empezaron a oír la voz de los delfines, que era una especie de llanto.

El Almirante, siempre escéptico, pensó:

“Es el canto del cisne de Europa.”

El arcediano y el orto afirmaron, cada uno por su parte y a su manera, que no se trataba de delfines, sino de una sirena con dorso de salamandra y trompeta, que lloraba debido a las excelencias del tiempo, pues a esta especie la anima el espíritu de contradicción.

Cuando, sin percatarse, dejaron atrás las islas Virginias, el árbitro descubrió los jardines submarinos de Beltar; pero no comunicó su descubrimiento a nadie porque entre los sargazos advinó la presencia del *Thu bân* o dragón que mide diez mil metros en el mar.

En las inmediaciones de las islas de Plata el sastre y el lazarrillo vieron una serra de alas pequeñas, cabeza de león, cola de pez y plumas. Comunicaron su hallazgo al arcipreste. El hombre de poca fe no les creyó y en penitencia los puso a orar dos días con sus noches.

Al cruzar el mar de Arayne, que baña los desiertos de la India y es la puerta de acceso a los montes hiperbóreos de

oro y de piedras preciosas de Escitia, a donde soñaban con llegar, el grifo cuadrúpedo o *Simurgbo* los cubrió y los despojó de los únicos dos caballos que llevaban. Fueron culpados de la desaparición de los equinos el corso y los andaluces.

Cerca de las islas Encantadas se encontraron con *Anqā*, que pereció en tiempos de Sulaimán el profeta, según consta en el *Qışaşu - I - Ambiyā* y en el Deuteronomio. Ciertamente, los más pensaron luego haber sido víctimas de una ensoñación provocada por los turbiones. No así el mauritano, tan insistente en la realidad de *Anqā* que finalmente fue arrojado por la borda y convertido en pasto de un áspid de siete cabezas, dos colas y alas o *prialis*.

Las costumbres de la tripulación eran un tanto extravagantes. De tanto mirar la arquitectura celeste en la oscuridad del agua inventaron la constelación del Navío o Camino de Santiago, y la de la Liebre o Cola de Cetáceo, no consignadas ulteriormente en ningún tratado de estrellería.

Su dieta era particularmente monótona. Sólo se alimentaban con *Boranetz* o corderos de Escitia y con *bernakés* o *crabans* de Irlanda. Como no contaban con ningún pescador, transcurrió mucho tiempo antes que sucumbieran, de mala gana, a las bondades de la pesca. Para acompañar sus alimentos, sobre todo durante las noches, trasegaban el vino del pocillo.

No obstante contar entre sus medicamentos con bálsamo o mustela hecho de sangre y de hiel de comadreja, padecieron la peste del orejón negro, les dio la pústula pestífera y el prurito rojo. Afortunadamente no sufrieron pérdidas porque, según contó más tarde la amazona, llevaban un tigre azul al que describían como veloz serpiente.

10. LOS NOMBRES DEL ARRECIFE

Todavía no se apagaban las últimas vibraciones de la voz anónima que, por segunda vez, profirió la palabra

—Tierra,

y ya se había iniciado en la nave una zarabanda de voces en busca de un nombre para el arrecife que creían tener a dos palmas de su nariz.

En opinión del valvasor, durante días habían girado en redondo y las tierras que ahora avistaban eran las islas Canarias.

Cuando se hizo evidente que, debido a la frondosa vegetación y a la presencia de sentícoras, manticoras y un *Dabū* o hiena, no se trataba de un lugar conocido ni habitado, cada miembro de la tripulación aventuró uno o varios nombres.

Según el búlgaro se encontraban en Bitinia.

El batelero gallego no tenía la menor duda de que se hallaban en las puertas de la ciudad de Yss.

A juicio del corso habían dado con las islas de Oro.

El escudero chipriota pensaba que estaban frente a Paflagonia.

Los andaluces estaban convencidos de haber topado con las islas de San Brandano. Y aunque no llevaban razón impulsieron su capricho, al menos provisionalmente.

El lazarillo juraba tener al alcance de sus ojos las islas de las Siete Ciudades, donde (Lichtenberger le había hecho una *pronosticatio*) recuperaría la vista gracias a la presencia de un unicornio verde.

Para el legionario era evidente que de no ser la isla Masculina, habían llegado a la Perros - Guirec.

—¡Pero si es la isla Femenina! —gritaba Cimón.

Diogo Teive no sabía si el lujurioso paisaje que se aglomeraba dentro de sus ojos correspondía al de las islas Sebarambas o al de las Nómadas.

Debido quizá a la modestia que transpiraba, este portugués estuvo muy cerca de la verdad. Pero nunca lo supo porque fue devorado por un *kokratris* o cocodrilo que, como todos los de esa especie, lloró la vida entera tras digerir las magras carnes del buen hombre.

El alguacil creía que estaban a punto de atracar en las costas de las islas Canibales.

El Almirante trataba de imponerse a grandes voces diciendo que el mejor nombre que se podía dar a su descubrimiento había que elegirlo entre San Buenaventura, San Salvador o San Buena Esperanza.

El numulario afirmaba que los nombres propuestos por el Almirante eran demasiado definitivos porque, desde su punto de vista, habían anclado en aguas de las islas Gigantes, que eran temporales.

Al igual que Teive, el ginebrino llevaba cierta razón, pero quinientos años después su acierto todavía espera ser confirmado.

Debido al color esmeralda del agua, Biriguccio de Siena fue contundente: habían descubierto Brasil.

—¡Con las tierras altas, con los orígenes hemos topado, Almirante! —decía orgulloso y zalamero el veedor festivo al naviculario.

El gaditano y el sabio en las siete artes liberales estuvieron de acuerdo en que la tierra a la que habían llegado era Antilia: la que antes había sido Atlántida y luego sería Antillas.

Es verdad que nadie escuchó su breve disertación, pero Georges Casement sentenció doctoralmente:

—*Il est évident que vous avez en face Claembeath ou Claemfleur, le pays du plaisir.*

Discretamente, el anciano comendador susurró:

—Esto es Tirnagogue o la Florida, el país de la eterna juventud.

Antes de decidirse a desembarcar, la tripulación de la Marifortuna invirtió varios días en la puja de los nombres que ni por analogía iban a expresar la verdad del arrecife. Pero ya desde el primer momento había cruzado por la mente del segundo piloto navarro un pensamiento sideral:

“En Tudela es ahora la una de la mañana, trece de octubre...”

11. LA VERDAD DEL ARRECIFE

El casto y monógamo elephis o barrus, que come de la mandrágora o árbol de la ciencia, se sostiene de pie sobre una tortuga escudo o aspidochelone y aguanta el peso del cetus o Bal, a quien también se designa indistintamente con los nombres de hipotamí o ballena.

Ésta era la verdad del arrecife, pero ninguno de los colonnautas la supo jamás.

El lugar descubierto por la tripulación de la Marifortuna era el lomo de la pequeña ballena Jascoyne, convertida en isla por arte de San Barandán, que luego le dio su nombre.

Isla o arrecife, San Barandán tenía su historia.

La pequeña ballena Jascoyne permaneció estacionada durante tanto tiempo en el mismo lugar que llegó a florecer.

En ella crecían todo tipo de yerbas, arbustos, árboles. Anidaban pájaros de todas las especies, aun pinguinos. Y el adarce se había acumulado a tal punto que dio lugar a promontorios, formaciones rocosas, montes caprichosos que recordaban la torre de Babel, las pirámides de Egipto, el templo de Salomón.

Al desembarcar el Almirante besó el suelo, miró al cielo y derramó dos lágrimas.

Una vez todos en tierra, tomados de la mano los protonautas concelebraron misa. Luego el cardenal dio gracias a San Buenaventura con el solo propósito de contrariar al Almirante, que ya llamaba al arrecife San Salvador.

Después, por grupos, se procedió a explorar la isla. A poco de explorarla los portugueses creyeron ver centauros o tlaqantzollí.

Los leperos, que fueron quienes más se adentraron en lo ignoto, retornaron con la noticia de que habían visto grifos o caradrios, ígneas salamandras, un onagro o *Farā* con cuernos de buey, un basilisco o besalís, un catoblepas o gorgona, antílopes de la especie *yāmūr*, una anfisbena y una hidra o enudris.

Un lento atardecer todos pudieron observar en una isla o laguna un pez entre salmón y sirena al que dieron el nombre de Vinca Pervinca o Levanec, y una serpiente de Loch Ness con ocho patas, cuello de jirafa, escamas azules y rosadas, que cacareaba y era mansa.

Excluidos estos raros especímenes —con los que no pudieron alimentarse y, en consecuencia, se vieron obligados a vivir de la aborrecida pesca—, los protonautas no hallaron otro tipo de vida en la pequeña ballena y pronto quedaron convencidos de que antes de su llegada al arrecife no había vivido ahí ninguna especie humana.

12. EL PERFUME DEL ARRECIFE

Pese a todos sus misterios, el arrecife fue una tabla de salvación para los colonnautas. Desde el día que fondearon, gracias a la rémora o echenais que hacía las veces de ancla, su vida fue otra, muy distinta de la que llevaron durante los varios días de travesía a ciegas; más distinta aún de la que habían soportado hasta antes de iniciar su periplo.

Olvidaron por completo que habían partido en busca del *Qaqnus* o Fénix de las especias que se alimenta de los cedros de Libano. También olvidaron que ansiaban encontrar el *Sylio*, *stellion* o Salamandra que comunica el donde lenguas, del que hasta entonces sólo disfrutaba el Almirante.

Se instalaron en una especie de vagabundeo alimentado con los frutos de la pesca y rociado con el agua dulce de la laguna o isla. De suyo delirante, su imaginación se desencadenó incontenible. Lo menos vesánico que se oyó contar por entonces fue el relato de uno de los meropios sobre la confusa cacería del unicornio negro o *eglisseron*.

Contra la voluntad de la capadociana, este meropio participó en dos o tres batidas capitaneadas por el lansquenete y el tercio, los cuales invariablemente las iniciaban al grito de: —¡Muera el Papa negro, el Anticristo, la gran prostituta de Roma — Babilonia!

Nadie lo sabía, pero el frenesí era consecuencia del perfume del arrecife. Los colonnautas no habían reparado en la



contumaz visita de la vaharina que los cubría en los amaneceres brumosos de Jascoyne. En cambio, sus comportamientos acusaban los efectos heterogéneos del perfume. Así, mientras unos se tornaban exageradamente introvertidos, casi místicos, otros competían por destacar en el ejercicio de la violencia.

Fue a causa de la vaharina que, tras una enfebrecida discusión, el otrora pacífico y casi afásico vecino de Ventorrina de las Rosas se convirtió en un improvisado amirricida. Sin otra causa que la discusión, el de Ventorrina dio muerte a su vecino de Burrina con una quijada de onagro y, acto seguido, con una piedra atada al cuello se arrojó al mar desde el pico más alto de la isla.

Como si inesperadamente hubiera descendido sobre sus cabezas la Salamandra que comunica el don de lenguas, no fueron pocos los que empezaron a practicar la glosolalia, el monólogo a solas en voz muy alta, casi a gritos, o la coprolalia. Había, en fin, algunos majaretas que, al margen del preciado don, padecían licantropía.

Paradójicamente, sin embargo, los más arrebatados eran los que se entregaban al éxtasis o a la insanía mística.

En una ocasión en que el Almirante parecía orar, meditar o dormir uno de los cipayos dijo:

—El hombre es un ser luminoso.

Al oír esto el astrónomo se encolerizó y replicó con rudeza:

—Calla, hombre, no digas necedades. Decir así como así, como dices, "el hombre es un ser luminoso", es una beatería, una perfecta estupidez. Hay hombres luminosos, como nuestro arráz; pero la inmensa mayoría de los hombres son tan podridamente opacos, tan desvergonzadamente oscuros como toda esa escoria de dominicos que han pretendido arrojarnos al abismo...



El Almirante volvió de su éxtasis justo en el momento que el astrónomo, en tono despótico, citaba, como buen escolástico, a una de sus autoridades en materia de disciplina:

—“...carece de nobleza que un soldado se comporte como si fuera general y, por lo mismo, hay que castigar la excesiva libertad y audacia de aquellos que creen saber más que el jefe sobre la victoria y el resultado de las acciones”.

Para entonces el cipayo había huido y el astrónomo predicaba en la tundra siberiana. El Almirante no había escuchado toda la filípica del astrónomo, pero se inquietó. Como no era ajeno al estado de confusión que reinaba tuvo que hacer poderosos esfuerzos para abandonarlo pero sólo provisionalmente. Al lograrlo atinó a decir:

—Debemos marchar antes que esto se convierta en una zarabanda de menestrales.

La inquietud del arráz se manifestó con algún retraso. El perfume del arrecife ya había embrujado a los colonnautas y el mismo capitán no escaparía a su influjo.

Perdido el juicio cada protonauta hace patentes sus más íntimos y recónditos deseos.

El zaño occitano, que pretendía ser albañil, anuncia que es arquitecto y pone a buena parte de la tripulación a construir un santuario en honor de Breogán.

Fernán Pérez de Luna decide abandonar su condición de escribano y ser en adelante el escrupuloso cronista de la empresa. Su decisión no puede menos que provocar la risa de Ahasverus, nómada del pasado y caminante del porvenir cuya memoria está en el principio y en el fin de todos los acontecimientos.

El Almirante mismo, cada vez más estragado por la fiebre,

nombra pontífice al obispo, emperador al vasco disfrazado de extremeño y visorey al arcediano. Las escenas que a partir de ese momento se suceden resultan un tanto grotescas.

El cardenal sumerge en las aguas bautismales a los catoblepas y organiza una cruzada contra los infieles centauros vestidos con piel de cordero, indistintamente parecidos a los judíos y a los moros.

El emperador vasco otorga dominios abisales a cada uno de sus súbditos y promete repartimientos.

La confusión que impera hace del olfato vista y del oído tacto. Pero la perversión de los sentidos es insignificante comparada con la transformación del arrecife en pirámide, la pirámide en Roma, Roma en Jerusalén y los colonnautas en cruzados que se aprestan a librar la última batalla contra el infiel.

La chusma exquillina vitorea a su emperador cuando se produce un vuelco decisivo en el destino de la colonnáutica aventura que se escribe en el arrecife. Súbitamente aparece en lo alto de un promontorio el cipayo prófugo, tocado con un penacho de coloridas plumas, y vertiginosamente se apodera de todos los súbditos del emperador vasco el terrible Trefone, el demonio del terror y de las huidas pavorosas en la batalla.

Todos huyen, menos el persa y la amazona que, primero con reticencias, luego con sonora alegría, se entregan gozosos al inocente juego del cipayo.

Poco a poco los fugitivos retornan al claro que fue la sede del imperio y es ahora el centro de una tertulia carnavalesca. Mientras los colonnautas se divierten el Almirante medita y finalmente anuncia un descubrimiento.

• Fragmentos de la parte inicial de la novela La huella del conejo.